

Los mártires nos enseñan a seguir a Jesús*

P. Andreu Oliva S. J.**

Monseñor Romero decía, en la homilía del 27 de enero de 1980 –precisamente el día que correspondía al mismo evangelio de San Lucas que hemos escuchado ahora–, las siguientes palabras:

La palabra de Dios no es lectura de tiempos pasados, sino palabra viva, espíritu, que hoy se está cumpliendo aquí. De allí el esfuerzo de aplicar el mensaje eterno de Dios a las circunstancias concretas del pueblo¹.

Por ello considero oportuno, para que podamos aplicar esta palabra de Dios a las circunstancias concretas de El Salvador, comenzar esta reflexión en esta noche de conmemoración martirial, con una mirada a la realidad de nuestro país. Y con ello trato de ser fiel a los mártires de la UCA, que nos enseñaron la importancia de estudiar y analizar la realidad nacional para que, a partir del profundo conocimiento de la misma, podamos actuar a favor de las mayorías empobrecidas y oprimidas. Por eso, la mirada que esta noche quiero compartir con ustedes tampoco es cualquier mirada; es una mirada parcializada, una mirada que no se dirige a lo que ocurre en los centros comerciales ni en los altos del Escalón; es la mirada de la vida de la mayoría de los salvadoreños y salvadoreñas.

La violencia que nos oprime

La vida en El Salvador vuelve a estar marcada por la violencia que tiene su expresión más cruel y evidente, en el alto número de homicidios que ocurren diariamente en nuestro país. Hasta el 23 de octubre de este año 2011, se contabilizan un total de 3537 homicidios; en el año 2010, se contabilizaron 4004 muertes violentas; y en el año 2009, se alcanzó la espantosa cifra de 4354. Homicidios que siegan, en primer lugar, la vida de los jóvenes de los barrios más pobres (el 57% de las víctimas mortales están entre los 15 y 29 años). Homicidios que causan tanto dolor a sus madres y demás familia, también pobres, que con una tremenda impotencia ven morir a sus hijos; y junto al dolor y a la impotencia, sus vidas se llenan de un miedo que los paraliza y les impide colaborar con la justicia para que los asesinatos de sus hijos no queden impunes. Homicidios que, en su mayoría, no quedan esclarecidos, y de los que solo se dice que el 60% son responsabilidad de las

* Homilía pronunciada el día 12 de noviembre durante la celebración de la vigilia de los mártires de El Salvador.

** Rector de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” y director de ECA.

1. Monseñor Romero, *Homilías de Monseñor Romero*, Tomo VI, pág. 224, 27-01-1980.

pandillas. La pregunta que nadie responde es: ¿quiénes son responsables del otro 40%? Pero hay otras expresiones de la violencia que están presentes en la realidad de cada día y que no siempre se ven: la violencia intrafamiliar, la violencia laboral, la de género, la violencia callejera, la violencia estatal. Y hay una violencia que está allí desde hace muchos años, pero que normalmente no la consideramos como tal, es la violencia de un sistema excluyente, que condena a miles de familias a la pobreza, a la migración, a la deshumanización. Las víctimas de todas estas violencias son, mayoritariamente, los más débiles. Las mujeres, los niños y las niñas, los adolescentes, los jóvenes, los campesinos son los que sufren esta violencia en mayor medida y con ella viven sometidos por el miedo, la incertidumbre y el desprecio de sí mismos.

La pobreza estructural

El segundo problema que nuestro pueblo vive con dureza, y que está relacionado íntimamente con el primero, es la pobreza. Esta se expresa en múltiples formas. El desempleo, vivido como un eterno problema y una de las causas más comunes de exclusión. Ciertamente, no hay empleos suficientes para colocar y ofrecer una oportunidad de trabajo a los jóvenes que finalizan sus estudios de primaria o secundaria, y tampoco para los que finalizan estudios universitarios. No se imaginan cuánta gente, a lo largo de estos diez meses que tengo de rector, se me ha acercado pidiéndome un empleo y la impotencia que siento por no poder ofrecerles nada. La incapacidad de crear empleos suficientes ha generado una economía informal de la que sobreviven cientos de miles de personas; digo “sobreviven” porque, en la mayoría de los casos, los pequeños ingresos que obtienen de su actividad a diario no les permiten más que sobrevivir (4 o 5 dólares diarios). Unido a ello, el alto costo de la vida que es una realidad a pesar de que el índice de precios al consumo oficial parezca no crecer o lo haga muy levemente. La realidad es que los bienes de consumo básico no están al alcance de los salarios de la población, y el salario mínimo es insuficiente para que pueda vivir con dignidad ni siquiera el mismo trabajador. Baste un dato para darnos cuenta de que los salarios no son suficientes: el salario promedio mensual de los trabajadores que cotizan en el Seguro Social es de US\$377.62, y si consideramos exclusivamente el salario promedio de los trabajadores del sector privado, este salario promedio disminuye a US\$340.42. El mismo Seguro Social, en un informe sobre el tema, afirma que el salario promedio mensual cotizante se ha incrementado solamente un 22% en los últimos diez años (del 2000 al 2010). Pero en esos mismos años, el costo de la canasta básica alimentaria se incrementó un 43%, pues pasó de US\$128.43 a US\$183.41. En este decenio también, el salario mínimo urbano del sector comercio y servicios pasó de US\$144 a US\$211, incrementándose en un 46.5%². Actualmente, el salario mínimo en la agroindustria se ha fijado en US\$104.97, que representa el 50% del salario mínimo urbano y apenas puede cubrir el 50% de la canasta básica de alimentos. Por ello, la pobreza es mucho mayor en el sector rural. La no adecuación de los salarios a los precios reales de la canasta básica es una fuente de más pobreza diaria en nuestro país.

2. http://observatoriolaboral.ormusa.org/articulos/2006_ORMUSA_Aumento_Salario_Minimo.pdf

En una nación donde el 37.76 % de los hogares viven en pobreza, no es de extrañar que una tormenta de octubre haya causado más de 150 000 personas afectadas por la misma y 32 muertos. Casi 10 000 familias tuvieron que ser albergadas en 439 albergues, lo que supuso casi 36 000 albergados, 18 445 casas anegadas y las consiguientes pérdidas de cultivos, ganado, animales de patio y otros bienes. Expresa el dicho popular “Siempre llueve sobre mojado”, y de nuevo son los pobres los principales afectados y, por ende, después de cada desastre, resultan más empobrecidos. Los periódicos de hoy nos recuerdan que los damnificados siguen allí y están necesitando alimentación.

Las cárceles, una realidad de dolor y sufrimiento

Estas realidades son más o menos conocidas por todos. Pero hay realidades que se nos escapan si no tenemos cercanía con ellas. Una de estas realidades es la situación de las cárceles en el país. Sé que es un tema delicado y que muchos piensan que el que la debe la pague, y que a los delincuentes hay que tratarlos con dureza e inmisericordia. Deberíamos preguntarnos si estas son actitudes cristianas. ¿Es así como pensaría Jesús ante esta realidad que se vive en El Salvador? Yo pienso que de ninguna manera. Por eso, los invito a poner un poco de atención a estas cifras.

La población carcelaria asciende a 24 153 presos, lo cual supera tres veces la capacidad del sistema penitenciario. El 78% de ellos tienen edades entre los 18 y los 35 años. El 40% tienen un nivel estudios que no supera la primaria. El 60% proceden de los departamentos de San Salvador, La Libertad y Santa Ana. Del total de presos, el 28.51% –casi 7000– todavía no están procesados y, en ocasiones, llevan más de un año presos. El gasto por preso que realiza el Estado no llega a los cinco dólares diarios, y con ello debe pagarse la vigilancia, el mantenimiento de la infraestructura y la alimentación de los reclusos ¿Cuánto se destinará a esta? Es probable que no llegue ni a un dólar por día. Como todos sabemos, las condiciones de vida y el trato que reciben los privados de libertad y sus familias al visitarlos son realmente inhumanas. Para sus familias, cumplir con el mandamiento de visitar a sus familiares presos es un verdadero vía crucis.

En medio de la tragedia, brota la solidaridad

Pero también hay realidades hermosas, como la que nos describe el testimonio de mi querido amigo dominico, el P. Ángel Arnaíz, que vive en la Nueva Esperanza, en el Bajo Lempa, y nos narra cómo él vio a Jesús actuar, vestido de socorrista, de militar, de campesino, de lancharo salvando vidas en un lugar y otro, y atendiendo a los damnificados en los albergues. Así es como actuaría Jesús hoy y así debemos actuar nosotros, los que decimos que queremos seguir a Jesús.

Basten estas pinceladas para tener presente la realidad y poder afirmar que esta realidad no es querida por Dios. No corresponde al proyecto que Dios tiene para toda la humanidad. Desde nuestras convicciones de hom-

bres y mujeres de FE, no podemos aceptarla, así como no la aceptaba el profeta Isaías.

Las esperanzas se frustran por la codicia humana

El texto de Isaías 61 que hemos leído como primera lectura, y que Lucas pondrá en boca de Jesús, corresponde al tercer Isaías, y está escrito en el postexilio, cuando se creía que, una vez liberado de Babilonia y regresado a su patria, el pueblo aceptaría vivir de acuerdo a la ley, practicando la bondad, la justicia y caminando humildemente con su Dios. Pero no fue así. La realidad fue otra: hubo corrupción de los poderosos, se rompió la fraternidad, no se practicaba la justicia y los pobres seguían sufriendo, con sus corazones desgarrados, viviendo en la pobreza, llenando injustamente las cárceles. Recordemos cómo el mismo pueblo anhelaba, en el exilio precisamente, la construcción de una tierra nueva y un cielo nuevo, pero no fue capaz de hacerlo.

Algo parecido pasa entre nosotros. Estamos a casi veinte años de haberse firmado los Acuerdos de Paz, se han cumplido más de dos años de un Gobierno que prometió el cambio y una nueva realidad para las mayorías de El Salvador. Todo ello ha generado expectativas que se han ido frustrando una y otra vez. La paz no supuso la reconciliación que se esperaba, la justicia fue mancillada; posteriormente, la victoria del FMLN en las elecciones presidenciales del año 2008 tampoco ha traído más justicia, ni más trabajo, ni una vida más digna como se nos había prometido. La violencia no cesa, la vida está más cara y más dura, las oportunidades no llegan para todos...

El sueño de Dios y la humanidad

Somos muchos los que soñamos una historia así como la describe el salmista del salmo 107 que hemos escuchado. Una realidad en la que se apaga la sed del sediento y el hambriento tiene comida abundante para satisfacer su necesidad. Una historia donde el pueblo guiado por Dios ha surgido de la profunda oscuridad y de las cadenas del exilio, donde se han sanado las heridas y se vive libre de la muerte. Con un Dios que está a nuestro lado y nos conduce a una tierra donde habitar, que cambia los desiertos en lagunas y las tierras secas en manantiales para que habiten allí los que tienen hambre. Un Dios que está al lado de los oprimidos y de los honrados, y deja sin palabras a los malvados. Esta es la esperanza que nos anima, es la utopía que nos empuja para revertir la historia con los pobres y oprimidos de este mundo. Es el sueño de Dios y de la humanidad.

Es la misma esperanza y la misma utopía que proclamó Jesús cuando, en la sinagoga de Nazaret, retoma el texto del tercer Isaías, lo lee con autoridad y renueva la promesa de Dios: anunciar la buena noticia a los pobres, proclamar a los cautivos su liberación y a los ciegos la vista, dejar libres a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor. Y va más allá afirmando que esto que acaban de oír está sucediendo ya. Se duda de su "credibilidad", la respuesta de Jesús es muy fuerte, pues les dice que no son ellos los

únicos preferidos de Dios, sino toda la humanidad, los de Siria y los de Sidón. La reacción de la gente es aterradora, “llenos de ira lo arrojaron fuera de la ciudad y pretendieron despeñarlos”.

Las palabras de Jesús retomadas del tercer Isaías son fuertes y claras. Y tienen una gran actualidad para nosotros hoy, y han sido muchos los que las han tomado en serio. Los mártires de El Salvador, comenzando por Rutilio Grande, siguiendo por monseñor Romero, por los masacrados en el Sumpul y el Mozote, en el Despertar de San Antonio Abad, los líderes de Fenastras y los jesuitas de la UCA, junto a tantos hombres y mujeres del pueblo sencillo y humilde que, despertados por el evangelio y la experiencia del Pueblo de Dios, también se atrevieron a soñar que era posible construir un mundo distinto más cercano al proyecto divino y se pusieron a trabajar en ello. También la reacción de los poderosos fue aterradora, los persiguieron hasta masacrarlos.

Nuestra realidad, tal como la hemos descrito, no es muy distinta de la que vivió el tercer Isaías y Jesús, y también hoy es necesario acabar con el flagelo de la pobreza, porque en palabras de Óscar Campana:

La pobreza constituye el símbolo supremo y privilegiado de las más variadas formas del sufrimiento. Y es que si hay un padecimiento que depende pura y exclusivamente de la acción del ser humano y de sus estructuras, que no puede ser atribuido a la finitud ni al fatalismo en ninguna de sus formas, ese es la pobreza. Y esto, mucho más en un mundo que ha llegado a niveles de desarrollo que podrían desterrarla en absoluto. La pobreza no minimiza ni desmerece ninguna otra manifestación del dolor, pero las hace a todas más gravosas³.

Por ello, Jesús es buena noticia para los pobres, porque les dice que su realidad no es la que Dios quiere. Y trabajar en ello, como nos recuerda la primera carta de Juan, también es amar y hacer la voluntad de Dios. Amar al hermano es caminar en la luz mientras el que lo aborrece está en las tinieblas todavía. Las tinieblas no permiten ver, y por ello Jesús quiere devolver la vista a los ciegos, a los que no ven porque tienen una enfermedad en sus ojos y desea que vean. Pero sobretodo, a aquellos que, aun teniendo ojos, no ven porque no quieren ver la miseria ni el dolor ni el sufrimiento de sus hermanos que están a su alrededor.

Actuar como Jesús actuó es historizar el Evangelio

San Juan es claro en indicarnos cómo tenemos que actuar ante esta realidad si conocemos a Cristo y queremos vivir haciendo su voluntad. “Debemos portarnos como él se portó”. Y esto es lo que hicieron los mártires y fue precisamente “comportarse como Jesús” defendiendo al pobre, denunciando los atropellos y las injusticias a las que eran sometidos, señalando dónde estaba el pecado y anunciando cuál era la voluntad (y la gloria) de Dios: que los pobres tuvieran vida. Y esto les costó la vida. No hay otro camino, no hay dónde perderse. Se trata de un mandamiento antiguo, no es ninguna

3. Óscar Campana, teólogo laico argentino. *Bajar de la cruz a los pobres*. Koinonia.

novedad, es el amor al prójimo que tenían desde el comienzo, dice la *Primera Carta* de Juan.

Y este amor es el que nos lleva a querer transformar esta realidad y por eso nos tenemos que revelar, por eso es que hemos escogido como lema de este aniversario:

Solo utópica y esperanzadamente uno puede creer y tener ánimos para intentar con todos los pobres y oprimidos del mundo revertir la historia, subvertirla y lanzarla en otra dirección.

Palabras que pronunció Ignacio Ellacuría al recibir el premio Comín, apenas diez días antes de ser brutalmente asesinado, palabras que siguen siendo muy válidas, porque en nuestro país y en el mundo sigue habiendo pobres, excluidos, maltratados, que viven indignamente para su condición de seres humanos hijos e hijas de Dios. Por ello, el Evangelio se convierte también hoy, para toda esta gente, en una buena noticia.

Y el Evangelio será buena noticia tanto cuánto tengamos la capacidad de historizarlo, de convertirlo en vida y dejarnos guiar por su mensaje. Por ello, al igual que Jesús, el P. Ellacuría, movido por la fe en el Reino de Dios, deseaba que la UCA contribuyera a esta transformación, a que El Salvador saliera de las tinieblas y viviera en la luz verdadera del amor, la solidaridad, la justicia, la dignidad. Por ello insistía en que la UCA debía trabajar en crear modelos económicos políticos y culturales que hicieran posible una civilización del trabajo como sustitutiva de una civilización del capital. Una civilización que cambiara el orden de las cosas y pusiera al ser humano por encima del capital, y que garantizara una vida digna para la humanidad entera. Por ello, Ellacuría diría en el mismo discurso:

Hay que construir modelos que en un fructífero intercambio de teoría y praxis den salida efectiva a ideales que animen una construcción histórica distinta.

La solidaridad nos empuja a luchar por cambios estructurales

Por eso, en este día queremos poner en el centro de esta celebración a nuestros hermanos damnificados por las tormentas de octubre, y por eso les hemos pedido traer una libra de granos básicos para compartir con ellos. Ellos hoy son los hambrientos y sedientos a los que Dios quiere saciar su hambre y su sed. Pero además de satisfacer un poco su necesidad, queremos ir más allá, queremos que en el futuro tengan una vida más segura, sin que deban abandonar sus casas cada año cuando las descargas de las presas en el Lempa y las cada vez más frecuentes tormentas torrenciales ponen en riesgo sus vidas y arruinan sus cultivos fruto de su trabajo y única fuente de vida. Por eso, debemos exigir con fuerza y con firmeza el dragado del río Lempa, la construcción de las bordas, y que la CEL anteponga la vida y la seguridad de todos los pobladores del Bajo Lempa, a la producción de energía eléctrica. Por eso, debemos construir un cielo nuevo y una tierra nueva, sin pobreza, sin opresión de ninguna clase, sin oscuridad, llenos del amor y la gracia de Dios.

Y lo mismo ocurre con los presos. Los miles de jóvenes que han cometido delitos, incluso homicidios, organizados en las pandillas, deben inspirarnos compasión y misericordia. Porque ha sido esta realidad (la de nuestro país) la que los ha deshumanizado hasta tal grado de llegar a cometer las atrocidades que cometen y perder el respeto hacia la vida humana. También ellos están ciegos y viven en la oscuridad. Nuestra sociedad es también responsable de ellos y no podemos acusarlos sin reconocer que son fruto de una realidad que los ha marginado y los ha condenado. También ellos están esperando recuperar la vista y la liberación de los demonios que no los dejan vivir como seres humanos que son. ¿Deberíamos preguntarnos cómo actuaría Jesús ante esta realidad? Con seguridad que se acercaría a ellos con amor, con compasión y les ofrecería la liberación de sus esclavitudes y les ayudaría a recuperar su dignidad de seres humanos, de hijos e hijas de Dios.

Y termino con un profundo agradecimiento a nuestros mártires, a todas las mujeres y todos los hombres mártires de El Salvador, porque, ellos y ellas nos enseñaron el camino del verdadero seguimiento de Jesús. Nos señalaron que lo más importante es hacer la voluntad de Dios, que lo más grande es amar al prójimo hasta ser capaz de dar la vida por ello. Nos enseñaron que vivir así vale la pena, que vivir así llena la vida. Nos dejaron un legado precioso, el del amor hasta las últimas consecuencias; como Jesús amó, así trataron de amar ellos. Así podemos hacer también nosotros y entonces la tierra nueva y el cielo nuevo brillarán para siempre en El Salvador. ¡Que así sea!